

CANTO SEGUNDO

ARGUMENTO.—El mago Ismeno se presenta al tirano y concierta con él la pérdida de los cristianos. Sofronia y Olindo se ofrecen á la muerte por aplacar el furor del Rey contra los cristianos. Iban ya á perecer ambos entre las llamas, cuando Clorinda se presenta y consigue de Aladino que les perdone la vida. Argante, al ver que Aletes no consigue del Capitán cristiano su desistimiento de la conquista de Jerusalén, le declara la guerra en nombre del califa de Egipto, de quien ambos vienen como embajadores.

I

Mientras arma el tirano el pueblo impío,
Ismeno en su palacio se presenta;
Ismeno que sacar del mármol frío
sabe un muerto y hacer que anime y sienta;
que al són de su conjuro aun al sombrío
Plutón en sus dominios amedrenta,
y de su ciencia en hábitos protervos
emplea á los precitos como á siervos.

II

Él ya adora á Macón, mas fué cristiano,
sin que este rito en olvidar se esfuerce;
así á veces en vil modo y profano
entr ambas leyes mal sabidas tuerce;
y hora desde las cuevas do lejano
del vulgo su ignorada ciencia ejerce,
va á su señor en el afán primero:
á torpe rey, más torpe consejero.

III

«Señor, le dice, sin tardanza viene
el vencedor ejército temido;
mas si hoy hacemos lo que obrar conviene,
serás de Dios, del mundo protegido:
tú, en quien de rey y jefe se contiene
todo el valer á la experiencia unido,
verás, si igual virtud tu gente encierra,
ser tumba á tus contrarios esta tierra.

IV

»En cuanto á mí, con obras á ayudarte
vengo aquí, compañero en los conflictos.
Tuyos son de mi edad consejos y arte
y los mágicos usos inauditos:
á ser del hecho y las fatigas parte
yo forzaré los ángeles malditos;
mas do comienzan los encantos quiero
decirte, Rey, y la ocasión primero.

V

»Que hay en el templo del cristiano es fama
un soterráneo altar do yace el bulto
de la que reina suya y madre aclama
esa turba de un Dios nato y sepulto.
Arde frente al altar perenne llama:
está en un velo el simulacro oculto:
al rededor de crédulos devotos
allí en orden también penden los votos.

VI

»Pues bien, hoy quiero que de allí robada
la imagen sea, y que lugar señales
do brille en tu mezquita colocada;
que luego encantos moveré yo tales,
que preste mientras allí yazca guardada
fatídico favor á estos umbrales:
firme será por singular misterio,
bajo muro invencible así tu imperio.»

VII

Dicele, y le persuade, y ya impaciente
á la mansión de Dios se precipita:
insulta á los ministros insolente
y la efigie santísima les quita:
al lugar la conduce do frecuente
con torpes cultos al Señor se irrita:
después sobre ella, bajo el techo aciago,
sus blasfemias murmura el impio mago.

VIII

Mas apenas la aurora el prado esmalta,
el infiel que custodia el templo inmundo
vanamente la imagen que allí falta
busca en lugar recóndito y profundo.
Al punto avisa al Rey: la nueva exalta
de su furor el ímpetu iracundo,
y veloz pensamiento en él abulta,
que hizo el robo un cristiano y que le oculta.

IX

Sea pues de piedad obra furtiva,
ó que el poder del cielo así demuestra
cuánto desdeña de su Reina y Diva
ver la efigie en morada tan siniestra,
hoy aun duda la fama si deriva
de hombre ó de Dios la milagrosa muestra.
Mas sí, milagro fué; que es bien que el celo
que anima al hombre se atribuya al cielo.

X

El Rey después en registrar se empeña
las mansiones y templos sin tardanza,
y al que le oculta el robo, al que le enseña,
ya el castigo, ya el premio le afianza.
También el mago en descubrirlo sueña
con artes mil; mas la verdad no alcanza;
que el cielo la alta empresa, ajena ó suya,
celar quiere y que á nadie se atribuya.

XI

Cuando mira Aladino así ocultarse
el que delito de los fieles piensa,
siente el ánimo atroz todo inflamarse
de enojo y rabia inmoderada, inmensa.
Los respetos olvida; ansía vengarse,
cuéstele el reino, de la horrible ofensa.
«No ha de ser, dice, la ira un necio amago:
caerá el ladrón entre el común estrago.

XII

»No el criminal se salve, y aunque muera
también el justo; mas ¿qué justo, digo?
Todos culpables son; que en su bandera
¿quién hubo nunca de mi pueblo amigo?
Mas si acaso inocente alguno fuera,
llegue al crimen de ayer, de hoy el castigo.
¡Sus, sus, los míos! ¡A la espada, al fuego!
Herid, matad, y consumidlos luego.»

XIII

Así el sudor de la venganza enjuga
vil esperanza. Vuela diligente
á los fieles la fama. Intenso arruga
de los más bravos el pavor la frente,
y no hay ya quien las armas ó la fuga,
la disculpa ó las súplicas intente.
Mas los que tiemblan, de zozobra llenos,
hallan salud donde la aguardan menos.

XIV

Era virgen entre ellos ya florida,
en quien con grande corazón compite
rara beldad, beldad de que no cuida,
ó sólo al punto que el pudor permite.
Acrece su valor que tan subida
prez en techo infeliz se deposite:
en él al mundo seductor se oculta,
y vive quieta, solitaria, inculta.

XV

Mas á beldad que pide aplauso y ruego
á guardarla no bastan centinelas;
ni lo sufres tú, amor, porque hoy al fuego
de un jovencillo ardiente lo revelas.
Amor, que Argos ahora, después ciego,
ya á los ojos das lumbre, ya los velas;
tú, sin que fuerza á resistirlo baste,
al más virgineo albergue penetraste.

XVI

Olindo es él; Sofronia es la doncella;
ni religión ni patria los divide;
modesto aquél cuanto su amada es bella,
quiere asaz, poco espera, nada pide;
él tiembla siempre de atreverse, y ella
no le ve, no le entiende, ó le despide.
Así hasta ahora el misero ha servido,
desechado, no visto, ó no entendido.

XVII

Corre el anuncio en tanto que ya apresta
muerte y ruina al cristiano el pueblo moro;
mas á aquella, tan noble cuanto honesta,
medio le ocurre de enjugar su lloro:
ya á darle cima con vigor se arresta,
ya la suspende el virginal decoro.
Vence al fin el vigor, ó en tal porfía
es vergonzosa en ella aun la osadía.

XVIII

Salió la virgen entre el pueblo sola:
ni cubrió su belleza, ni la expuso:
la mirada en el velo recatóla,
y continente grave se propuso.
Si la intención, si el arte no movióla;
si el azar negligente lo dispuso;
su negligencia misma es artificio
de natura, de amor, de Dios propicio.

XIX

Mirada con afán pasa y no mira
la fembra altiva y al Monarca viene;
ni porque le halle airado el pie retira,
que el fiero aspecto intrépida sostiene.
«Vengo, señor, le dice (y ruego el ira
tuya y del pueblo tu justicia enfrene)
vengo á aliviarte, y dar á tu congoja
el fiel que buscas y que así te enoja.»

XX

Á la honesta altivez, al circunspecto
brillar de faz tan pura y arrogante,
medio oprimido el rey de extraño afecto
templó el enojo y serenó el semblante;
y si él de corazón, si ella de aspecto
tan severos no fuesen, vedle amante.
Mas halagos de amor son incentivo,
y no rinde alma esquiva á pecho esquivo.

XXI

¿Fué languidez, fué asombro ó complacencia,
si amor no fué, lo que turbó al tirano?
«Habla pues, dice; el crimen evidencia:
nadie á tu pueblo ofenderá cristiano.»
Y ella: «Mira al culpable á tu presencia:
hazaña el hurto ha sido de esta mano.
Mío ha sido el intento, el artificio:
la que buscas soy yo: dame el suplicio.»

XXII

Así su frente con orgullo aspira
del peligro que á todos atropella
sola al honor: ¡magnánima mentira!
¿Cuándo fué nunca la verdad tan bella?
Queda atónito el Rey y no se aira,
como suele, tan súbito con ella.
Después le dice: «Que me muestres quiero
quién te ayudó, cuál fué tu consejero.»—

XXIII

«Dar la parte más leve no he querido
á nadie de mi astucia salvadora:
de mi propia la cómplice yo he sido,
consejera á la vez y ejecutora.»—
«Pues sola en ti, responde enfurecido,
caerá el rigor de mi venganza ahora.»
Y ella: «Es muy justo: mis designios llena,
si fui sola al honor, serlo á la pena.»—

XXIV

Aquí de nuevo irritase y: «¿En dónde está la efigie?», grita inexorable.—
«Fuego voraz la consumi6, responde, pues juzgué el abrasarla acción laudable: que á descreída gente así se esconde, y á la profanación queda inviolable. Si el robo pides, si el ladrón demandas, nunca verás ya aquél, y en éste mandas.

XXV

»Bien que ni robo es él ni yo ladrona; que devolver es ley la presa injusta.»
Esto oyendo el Monarca, se abandona sin freno á su genial cólera adusta.
¡Ah, que su pecho vil ya no perdona,
¡oh púdica beldad!, alma robusta,
y en balde quiere amor al golpe rudo
en tu propia belleza darte escudo!

XXVI

Presa es la hermosa virgen, y Aladino á morir entre llamas la condena;
velo y manto la quitan, y contino nudo sus muelles brazos encadena.
Ella en silencio, el corazón mezquino siente, aunque entero, palpitar con pena,
y el bello rostro y alterado pinta,
no amarillez, mas del candor la tinta.

XXVII

Divúlgase la voz, y allí afanosa va plebe sin cesar, que á Olindo cubre.
Cierta es la acción; es la mujer dudosa, y teme aquél que á su adorada encubre;
mas cuando al fin la prisionera hermosa en actitud de víctima descubre,
y los verdugos, y la hoguera ardiendo, lánzase audaz por el tropel rompiendo.

XXVIII

Y grita al Rey: «¡Detente! Esa no es rea del robo que su orgullo así decanta;
ni que ha podido ejecutar se crea sola y flaca mujer empresa tanta.
¿Cómo engañó los guardas? De la Dea ¿con qué astucia robó la imagen santa?
Si lo hizo, lo cuente..... Yo, yo he sido.»
¡Tanto obra en él amor no respondido!

XXIX

Dice después: «Por el espacio breve que luz á la mezquita y aire envía,
por la noche pasé, buscando el leve hueco á favor de inaccesible vía.
Á mí el honor, la pena se me debe: no usurpe esta mujer la culpa mía.
Esos hierros son míos; mía es esta pira, y su llama para mí se apresta.»

31025

XXX

Sofronia alza la faz y humanamente
 con blandos ojos de piedad le mira.
 «¿Á qué vienes? ¡Ay misero inocente!
 ¿Qué consejo ó furor así te inspira?
 ¿Piensas que á sostener no soy potente,
 sin ti, de un hombre cuanto alcance el ira?
 Sí; que á arrostrar la muerte sin zozobra
 tengo yo sola corazón que sobra.»

XXXI

Mas aunque le habla así, no le dispone
 á que se arredre ó pensamiento mude.
 ¡Oh espectáculo grande, do se opone
 virtud á amor y el ánima percude;
 do muerte en premio al vencedor se pone,
 y vida á quien fortuna no le ayude!
 Pero el Rey más se irrita cuanto escucha
 mayor de entrambos la porfiada lucha.

XXXII

Y baldón juzga, y que su oprobio sella
 tal á su enojo disponerse en calma,
 y dice: «Á ambos se crea, y éste y ella
 venzan, y alcancen la brillante palma.»
 Luego el garzón con guardias atropella,
 sin que entre hierros se le asuste el alma.
 Á entrambos á un gran leño anudan presto
 espalda con espalda á rostro opuesto.

XXXIII

Ya en torno los ministros rigurosos;
 ya el verdugo atizando está la hoguera,
 cuando el rapaz en ayes lastimosos
 rompe, y dice á la dulce compañera:
 «¿Conque estos son los nudos amorosos
 con que unirme yo en vida á ti creyera?
 ¿Este el fuego que en lazos tan estrechos
 arder soñaba igual en nuestros pechos?»

XXXIV

»Tal llama ayer, tal nudo amor me avisa,
 ¡y este hoy me guarda la contraria suerte!
 ¡Ay, harto ayer nos apartó indecisa!
 ¡Ay, dura asaz nos junta hoy en la muerte!
 Pláceme al menos verme de esta guisa,
 que del leño en consortes nos convierte,
 ya que del lecho no..... Por ti suspiro;
 ¡ah! no por mí, pues á tu lado espiro.

XXXV

»Y ¡oh cuánto hasta el morir bendeciría!
 y ¡oh mi feliz dulcísimo castigo,
 si en tu boca exhalar el alma mía
 junto seno con seno yo consigo,
 y que á la vez llegando tu agonía,
 beba tu postrer ¡ay! mi labio amigo!»
 Esto dice llorando, y por respuesta
 ella así dulcemente le amonesta:

XXXVI

«Otros ruegos, amigo, y otra idea
 pide el tiempo que en torno nuestro gira.
 Piensa en tus culpas, y la paz desea
 que Dios reserva al que contrito espira.
 Dulce el tormento por su amor te sea,
 y á la extrema ventura alegre aspira.
 Contempla el sol ¡cuán puro!, y cómo el cielo
 parece que nos llama y da consuelo.»

XXXVII

Rompe aquí el vulgo en llanto, sin que acabe,
 y el fiel con voz más tímida y escasa;
 y un no sé qué de insólito y süave
 el duro corazón del Rey traspasa.
 Él lo presiente, y lo resiste grave,
 lejos huyendo la encendida brasa:
 ¡Tú, Sofronia, no más, el duelo ignoras,
 y entre ese llanto universal no lloras!

XXXVIII

Mas he aquí de improviso alto guerrero
 (pues tal parece) de marcial talante,
 que en sus armas y en su hábito extranjero,
 venir anuncia de región distante.
 El tigre que en el yelmo ostenta fiero
 pronto á todos atrae; signo arrogante,
 divisa que Clorinda usa en la guerra;
 y tal la aclaman; y el clamor no yerra.

XXXIX

Ésta el genio y los usos femeniles
 desde la cuna á rechazar no aguarda,
 y dar negó los dedos varoniles
 de Aracne al arte trabajosa y tarda:
 huyó de la ciudad molicies viles;
 que en el campo el pudor también se guarda;
 su faz armó de enojo..... ¡Vano empeño!
 En su faz es bellissimo hasta el ceño.

XL

Y jovencilla aun, con muelle diestra
 al freno sujetó corcel fogoso,
 fierro y asta esgrimió, y en la palestra
 ágil formó su cuerpo y vigoroso:
 luego por vía inhóspite y siniestra
 persiguió el rastro del león y el oso,
 mostrándose en sus bélicas pasiones
 hombre á las fieras, fiera á los varones.

XLI

Hoy viene de los pérsicos lugares
 de Godofredo á disputar la suerte,
 la que ya en sangre fiel tiñó los mares
 y al cristiano postró con brazo fuerte.
 Llega, y entre las olas populares
 divisa el espectáculo de muerte,
 y á los reos atenta, y ver cuál fallo
 los condena á morir, pica el caballo.

XLII

La turba cede; á la pareja atada
 á contemplar más próxima se arrima,
 y ve llorando aquél y ésta callada,
 y que más brío al menos fuerte anima:
 mas él de ajeno duelo se apiada
 que no de propias penas se lastima;
 y ella en su paz, los ojos en el cielo,
 dejar parece, antes que espire, el suelo.

XLIII

Enternecida muéstrase Clorinda
 llorando casi de ambos el quebranto,
 y más el de quien menos hoy se rinda,
 que el silencio la aflige sobre el llanto;
 y al que allí más cercano se le brinda,
 encanecido viejo, vuelta un tanto,
 «¿Quiénes son esos tristes? Á la muerte
 ¿cuál, dime, los conduce, ó culpa ó suerte?»

XLIV

Así le preguntó, y él manifiesto
 hizole el caso breve y con templanza.
 Tembló de oírle, y sospechó muy presto
 que sin causa á los dos la pena alcanza;
 al fuego disputarlos ha dispuesto
 cuanto puedan sus ruegos ó su lanza,
 y la llama á extinguir que ya se agita
 corre veloz, y á los ministros grita:

XLV

«De acabar los aprestos comenzados
 nadie tenga, por poco, la insolencia
 hasta que hable al Monarca, que acusados,
 lo afirmo; no seréis de esta indulgencia.»
 Obedecieron ellos dominados
 de su real magnánima apariencia.
 Fué luego al Rey, y opuesto por la vía
 de ella tomada, hallóle que venía.

XLVI

«Clorinda soy: tal vez mi fama extensa,
 dice, escuchaste: hoy vengo en firme lazo
 á concurrir contigo á la defensa
 del reino y nuestra ley con fuerte brazo.
 Manda: estoy pronta: mis servicios piensa:
 grandes no temo, humildes no rechazo.
 Quiérasme en campo abierto, ó tras del muro,
 tienes mi lanza ó mi carcaj seguro.»

XLVII

Calla, y responde el Rey: «¿Cuál tan remota
 tierra hay del Asia ó del solar camino,
 ilustre virgen, do tu fama ignota
 pueda esconderse y tu valor divino?
 Hoy que ofreces tu espada á mí devota,
 ni cuidado ni riesgos imagino;
 que si entero un ejército aquí viera,
 seguridad mayor no me infundiera.

XLVIII

»Más que su nombre insigne lo consiente
ya me parece que Gofredo tarda.
¿Tú ocupación me pides impaciente?
La más difícil, la mayor te aguarda:
sobre nuestros guerreros preeminente
vas á regir y dominar gallarda.»
Así le hablaba, y ella respondía
afable á la alabanza y cortesía:

XLIX

«Nuevo será en verdad y nunca oído
que al beneficio el galardón preceda,
pues del futuro hacer en premio pido
que tu bondad los reos me conceda;
que es el crimen, señor, no bien sabido,
y tu justicia en impiedad hoy queda.
Mas ¿á qué indicios busco naturales,
de su inocencia y su virtud señales?

L

»Miro aquí dominar como evidencia
que hicieron los infieles el estrago;
mas no yo así por la común sentencia
á mi razón del hecho satisfago.
De nuestra ley ¿no ha sido irreverencia
la obra fatal que aconsejara el mago?
¿ó debemos por pérfidos ejemplos
ídolos conducir á nuestros templos?

LI

»Así, á Macón me place se atribuya
este que quiso hacer supuesto daño,
por demostrar que la mezquita suya
no es dado profanar con rito extraño.
Con encantos Ismén su gloria arguya,
pues son sus armas la maldad y engaño.
¡A la espada nosotros, caballeros!
Son nuestro arte y saber nuestros aceros.»

LII

Calla, y al Rey el duro pecho, en donde
rara entró la piedad, no hay quien doblegue;
mas la quiere agradar y el ira esconde;
que á respeto y razón es bien se plegue.
«Tengan la vida y libertad, responde:
nada á tan grande intercesor se niegue;
y justicia ó perdón, á tus deseos,
los absuelvo inocentes, los doy reos.»

LIII

Así libres se hallaron. ¡Venturoso
fué por cierto de Olindo y justo el hado!
que pudo al fin probar que en generoso
pecho amor el amor ha despertado.
De la hoguera al altar, de reo á esposo
pasa fino amador. Él desamado
con ella ansió morir; y ella no esquivaba
que, pues no murió así, con ella viva.

LIV

Mas la virtud de tan feliz pareja
 el receloso Rey temió vecina.
 Así, en largo destierro los aleja
 á tierras más allá de Palestina,
 y escuchando el furor que le aconseja,
 á unos fieles despide, á otros confina.
 La esposa, el padre, el hijo ternezuelo
 ¡cuál quedan ¡ay! en solitario duelo!

LV

¡Dura separación! Apartar suele
 sólo al de brío y natural sañudo,
 y al débil sexo y á la edad imbele
 guarda de sus maldades para escudo.
 Unos errantes van; á otros impele
 venganza que el temor vencer no pudo;
 y uniéronse á las cruces, que encontraron
 el sol feliz que en Emäud entraron.

LVI

Es Emäud un pueblo que apartara
 de la real Salem breve camino,
 y el que de holgado andar no se separa
 llega con luz, si parte matutino.
 ¡Oh cuánto al franco la noticia es cara!
 ¡cuánto le anima el verse tan vecino!
 Mas como el sol ya baja á sueltas riendas,
 desplegar hace el Capitán las tiendas.

LVII

Y tendidas están, y el rojo brillo
 del gran disco en la mar ya incendios brota,
 cuando llegar con ademán sencillo
 dos varones se ven y en veste ignota.
 Que como amigos vengan al Caudillo
 en sus actos pacíficos se nota.
 Eran del rey de Egipto mensajeros,
 de sus pajes seguidos y escuderos.

LVIII

Uno es Aletes. Desde humilde cuna
 entre el fango sumido de la plebe,
 le subieron á honores y fortuna
 facundo hablar y lisonjero y leve.
 Vasto ingenio á mudable aspecto aduna,
 al engañar astuto, al fingir breve,
 de calumnias autor en modos tales,
 que aparecen lisonja y son puñales.

LIX

Otro el circasio Argante. Ese, extranjero,
 llegó á la corte espléndida de Egipto,
 y del reino entre sátrapas primero,
 fué en altos grados de milicia inscrito.
 Es impaciente, inexorable y fiero,
 duro en las armas, en la pugna invito,
 despreciador de dioses, y á quien nada
 son justicia y razón junto á la espada.

LX

Piden los dos audiencia, y circunspecto
Bullón introducirlos ha ordenado.
Ellos, en silla humilde y simple aspecto,
entre sus grandes hállanle sentado;
que sin alardes, mérito perfecto
de su propio esplendor fué siempre alzado.
En guisa de hombre excelso y no curante,
leve muestra de honor hizole Argante.

LXI

Mas Alètes la mano puesta al seno
bajó los ojos, inclinó la frente,
y de las altas ceremonias lleno
mostróse y las costumbres del Oriente.
Habló después, y de su labio ameno
de elocuencia brotó rauda corriente,
y como ya el cristiano entiende el siro,
penetra del discurso el fácil giro.

LXII

«¡Oh tú, que solo y digno hora presides
asamblea de tantos héroes llena,
y á quien, primero en las antiguas lides,
la autoridad de tu consejo enfrena!
Tu nombre holló los términos de Alcides
y grande y claro entre nosotros suena;
que ya extiende la fama tus acciones
por cuantas son de Egipto las regiones.

LXIII

»Mas si con estupor la tierra entera
oye los rasgos de tu heroico brio,
con atención cuidosa y placentera
son escuchados del Monarca mio,
y lo que envidia ó miedo á muchos diera
él precia y ama por sentir natio:
ama, sí, tu valor, y anhela ansioso
á ti enlazarse en vínculo amistoso.

LXIV

»Y de ese intento noble poseído,
paz y alianza segura te propone,
y que el lazo que á ti le tenga asido
sea virtud, si religión se opone;
mas como entienda que tu campo unido
á su amigo el Soldán lanzar dispone,
antes que daño inmenso aconteciere
que sus designios te descubra quiere.

LXV

»Y tales son: que si tu diestra abarca
sólo cuanto en la guerra hiciste tuyo,
sin tocar la Judea y su comarca,
á quien guarda el favor del cetro suyo,
tu imperio, no bien firme, el gran Monarca
bajo pacto te ofrece; y de él concluyo
que, unidos ambos, acabó ese día
del persiano y del turco la osadía.

LXVI

»Cosas tienes, señor, breve acabadas
que no hay ya larga edad que deje ignotas;
mares corriste y tierras nunca holladas,
pueblos domaste, ejércitos y flotas.
Así á tu nombre tiemblan espantadas
las provincias de en torno y las remotas,
y si puedes rendir más gentes fieras,
conquistar ya más gloria en vano esperas.

LXVII

»La tuya es tal, que impone á tus deberes
ser de guerras dudosas apartado;
que no serás más grande, si vencieres,
ganando sólo el extender tu estado;
mas si en retorno tú vencido fueres,
perderás con tu honor lo ya alcanzado;
y es azar de fortuna torpe y loco
jugar lo mucho por lo incierto y poco.

LXVIII

»Mas el consejo acaso del que siente
que otros conserven lo ganado en guerra,
el vencer toda empresa eternamente,
y el ansia natural que el pecho encierra
y al más heroico inflama más ardiente
de someter y avasallar la tierra,
quizá te lleven, con el mismo anhelo
con que otros huyen, á lidiar sin duelo.

LXIX

»Te exhortarán á que la senda corras
tan largamente por el cielo abierta
y á que á servirle con la espada acorras,
á cuyo brillo la victoria es cierta,
mientras las leyes de Macón no borras
ó al Asia en tu rigor dejas desiertas.
¡Blandas cosas de oír, dulces engaños
de do brotan después miseria y daños!

LXX

»Mas si tu mente la pasión no guía,
si hoy á tus ojos la verdad se alcanza,
verás de lid dudosa en la porfía,
motivos de temor, no de esperanza;
que fortuna mudable nos envía
unas veces rigor, si otras bonanza,
y remontados vuelos atrevidos
de golpes desastrosos van seguidos.

LXXI

»Dime: si rico y grande Egipto mueve
su gente contra ti tanta y diversa,
y ocurre que las lides hoy renueve
el hijo de Cassano, el turco y persa,
¿qué medios oponer tu esfuerzo debe?
¿de quién te amparas en la lucha adversa?
¿quizá del griego rey, pérfido amigo,
al que pactos de alianza unen contigo?

LXXII

»¿De quién la griega fe no es ya sabida?
 ¿quién á su astuto halago no renuncia?
 pues su traición, mil veces repetida,
 la que os prepara nueva ¿no os anuncia?
 El que os niega la entrada, ayer pedida,
 ¿pensáis que hoy por vosotros se pronuncia,
 ó en el que tierra y luz negaros sabe
 verter su sangre por la vuestra cabe?

LXXIII

«Mas quizá tu esperanza en los que unidos
 así te cercan y en tu audacia pones,
 y á los que sin unión viste vencidos
 fácilmente á vencer hoy te dispones;
 sin mirar que los daños padecidos
 y las guerras diezmaron tus legiones,
 y que nuevo enemigo hoy te amenaza,
 y al persa y turco el África se enlaza.

LXXIV

»Pues bien; aunque tu frente audaz denote
 que á humillarla no basta esfuerzo humano;
 aunque el hado tus palmas nunca agote
 y siempre sea próspero al cristiano,
 el hambre ha de oprimirte. Á tanto azote
 ¿qué remedio pardiez guarda tu mano?
 ¿tienes tú de vencerle la esperanza
 esgrimiendo con él también la lanza?

LXXV

»Ya en tu redor los campos son talados
 por mano de sus cautos habitantes,
 y en torreones los frutos encerrados
 de tu llegada en días no distantes.
 ¿Con qué cuentas pues hoy en tus cuidados
 los caballos nutrir y los infantes?
 ¿aguardas de la escuadra bastimentos
 y tu vivir le fías de los vientos?

LXXVI

»¿Piensas que los gobierna tu fortuna
 y á su antojo los suelta ó los contiene?
 El mar, á quien no aplaca queja alguna,
 ¿será que á tu placer su furia enfrene?
 ¿ó no podrán (que el riesgo los aduna)
 persa y turco y Egipto, si conviene,
 tanta escuadra lanzar al mar salobre,
 que á contener la tuya alcance y sobre?

LXXVII

»Para vencer, tu causa necesita
 de los hijos de Alá doble derrota,
 y no más que una pérdida marchita
 tu gloria entera y tu esperanza agota.
 Hoy tu exterminio el hambre facilita
 si vencen nuestras naves á tu flota,
 y de ésta la victoria es bien perdido
 si tu terrestre ejército es vencido.

LXXVIII

»Todo asentado así, si renunciases del rey de Egipto la promesa amiga, será que de tus prendas singulares esta resolución no más desdiga; mas si instintos te aquejan militares, ¡no quiera Alá que tu razón los siga! Antes del Asia aplaca el llanto y luto, y goza tú de la victoria el fruto.

LXXIX

»Y vosotros, que en guerra asoladora del peligro y honor vais compañeros, no el viento de la suerte os lleve ahora á ensangrentar de nuevo los aceros, y cual piloto que con firme prora saca al puerto los rotos masteleros, cautos guardad los leños combatidos y renunciad del golfo á los bramidos.»

LXXX

Acabó Aletes: con rumor sonoro su discurso los grandes acogieron, y el odio que con él les cause el moro sus impacientes actos descubrieron. Dos y tres veces en el ancho coro del Capitán los ojos se tendieron, y al semblante después mirando fijo de Aletes, atentísimo le dijo:

LXXXI

«Persuasivo expusiste, mensajero, ya imponente, ya blando, tu embajada. Al noble afecto de tu rey primero agradecido responder me agrada; después á lo que anuncias, de que entero el paganismo se opondrá á mi espada, te diré fácil lo que al franco mueve, claro en sentido y en acentos breve.

LXXXII

»Cuanta sufrimos pérdida ó desgracia en tierra, en mar, el día, ó noche obscura, sólo fué porque abriera nuestra audacia hasta Jerusalén senda segura, por alcanzar del cielo eterna gracia con quebrantar su servidumbre dura; sin sernos mucho en causa tan subida poner mundano honor, estado y vida.

LXXXIII

»Que no de lucro afectos ambiciosos nos arrastraron al empeño a queste. ¡Libre Dios nuestros pechos animosos (si á alguno amaga) de tan negra pestel ¡Ah! no con los dulzores venenosos que matan halagando nos infeste; ¡antes nos guíe en la cristiana muestra su fuerte, santa, salvadora diestra!

LXXXIV

»La que hunde el monte y las corrientes pára
y al tiempo fija y la estación sus modos;
ella fué la que aquí nos ayuntara
salvos del riesgo y los peligros todos:
la que cierra del mar la boca avara
y derriba las torres de cien codos;
la que sepulta la ciudad perversa
y las legiones rompe y las dispersa.

LXXXV

»De allí el valor y la esperanza nace;
que no de nuestras fuerzas yo blasono,
no de la escuadra, y no de cuanta enlace
bandera con la nuestra el griego trono.
Mientras ella á su hueste no rechace,
¿qué le importa del orbe el abandono?
Quien sabe cómo ampara ó cómo hiere,
ni más socorro ni defensas quiere.

LXXXVI

»Mas cuando á castigarnos le obliguemos
de mil pecados con el largo insulto,
¿acaso piensas que morir tememos
do nuestro mismo Dios yació sepulto?
Sin envidiar al vivo moriremos,
sin que nuestro morir se pierda inulto;
que ni la muerte nos será tan dura,
como al Asia, viviendo, su amargura.

LXXXVII

»No pienses que la paz al franco asusta
como á algunos el riesgo y la pelea:
no de tu rey la alianza nos disgusta,
y útil acaso su amistad nos sea.
Mas si á otras leyes y poder se ajusta,
¿por qué tanto le ocupa la Judea?
Deje si ajenos reinos hoy destruyo,
y en paz se cure del tranquilo suyo.»

LXXXVIII

Dijo, y de Argante el indomable enojo
este discurso bélico provoca:
ni le oculta; mas va con ciego arrojo
y á Bullón grita con hinchada boca:
«La guerra busca, y la tendrá á su antojo
quien la alianza ofrecida así sofoca;
que quien pronto á mi voz no la pronuncia,
¡ah! bien es cierto que á la paz renuncia.»

LXXXIX

La capa en esto por los bordes toma,
la pliega y forma un círculo y le expone,
y con la rabia que mayor le asoma
á proseguir de nuevo se dispone:
«Á ti, despreciador que nadie doma,
aquí la guerra y paz se te propone.
La vez es tuya: tu razón se fije
sin más demora, y á tu gusto elige.»

XC

La voz, el ademán, todo les presta
¡guerra, guerra! á clamar concordemente.
Sin esperar entonces la respuesta
del Capitán insigne allí presente,
sacude el manto el bárbaro y se arresta,
y ¡guerra!, grita, ¡guerra eternamente!,
y con tal voz lo dice y fiero ejemplo,
que parecía abrir de Jano el templo.

XCI

Y que encerraba el manto se diría
el furor loco y la discordia fiera,
y que en sus ojos tímidos ardía
la gran tea de Aleteo y de Megera.
Así el gigante audaz aparecía
que contra Dios la torre dispusiera,
y así acaso Babel le vió en su anhelo
la frente erguir y amenazar al cielo.

XCII

Respondióle Gofredo: «Id sin demora,
y á vuestro rey decidle que no tarde;
que la guerra acepté; que venga ahora,
ó cabe el Nilo cuyo nos aguarde.»
Luego á entrambos despide y los honora
con dones bellos en cortés alarde:
así yelmo en Aletes rico empléa
que entre inmenso botín ganó en Nicea,

XCH

Y á Argante da una espada (¡insigne pieza!)
entre oro y piedras acabado el pomo
con artificio tal, que su riqueza
del engaste y labor no es un asomo.
Luego que el peso, el temple y la pureza
ensayó con sutil y diestro aplomo,
dijo á Bullón Argante: «Manifiesto
el uso de este dón te haré muy presto.»

XCIV

Y ya lejos de allí, dice: «Te invito,
Alete, á que partamos..., ¿qué te asombras?,
yo en busca de Solima, tú de Egipto;
tú con el nuevo sol, yo con las sombras;
porque á Gaza volver no necesito
ni es mi gloria pisar muelles alfombras.
Lleva las nuevas tú: yo no me alejo
de do se apresta el bélico aparejo.»

XCV

Trocarse pues de embajador dispuso
en contrario, con mente no madura,
y los derechos hoy y antiguo el uso
de respetar ó de seguir no cura.
Así á los altos muros va, confuso
entre las nieblas de la noche obscura;
y de volver el ansia no es más tarda
hora en Aletes; mas el día aguarda.

XCVI

Era la noche, cuando ya en reposo
 olas y viento son y en calma el mundo;
 cuando ya el bruto, ó los que el golfo undoso
 moran y el limpio río y lago inmundo,
 y aves pintadas y el reptil medroso,
 en sus cuevas y olvido están profundo,
 de la noche al misterio y sus horrores
 dando su afán, sus penas, sus amores.

XCVII

Mas del cristiano en la marcial morada
 ni caudillo ni hueste duerme ahora:
 ¡tanto es la luz de todos suspirada
 que va á llegar con la naciente aurora,
 luz que los guie á la ciudad sagrada,
 término de la empresa redentora!
 Así atentos están á ver si un rayo
 despunta y rompe el nocturnal desmayo.

CANTO TERCERO

ARGUMENTO.—Llegan los cristianos á Solima, y Clorinda se estrena en ellos haciéndoles gran daño. Reenciéndose el amor de Erminia á Tancredo, y crece el de este héroe hacia Clorinda. Los aventureros pierden á su jefe muerto por Argante. Funerales de Dudón. Godofredo manda cortar los árboles de una antigua selva inmediata á su campamento.

I

Ya el aura, mensajera diligente,
 sale á anunciar la vuelta de la aurora,
 que adornándose está y el alba frente
 con flores del Edén teje y colora.
 El campo en tanto apréstase impaciente
 y murmura con voz alta y sonora;
 mejor después mostrando su alegría
 de las ruidosas trompas la armonía.

II

Bullón con ciencia bélica infinita
 impetuoso vigor templa ó difunde;
 que es más fácil se tuerza el mar que grita
 y entre Scila y Caribdis se confunde,
 ó que á Bóreas se enfrene cuando agita
 del Océano la espalda y leños hunde.
 Él pues los encamina y junta y forma,
 y va veloz; mas con arreglo y norma.